



# Hacia una nueva imagen de Dios

**Andrés Torres Queiruga**

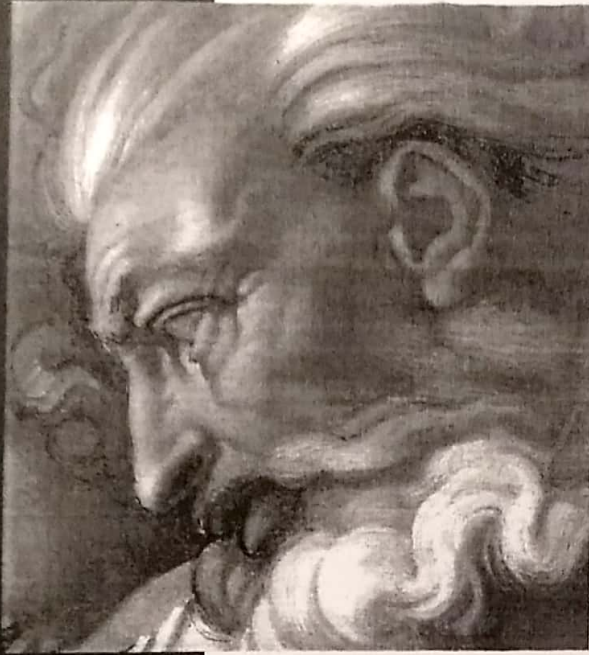
Teólogo. Profesor de Filosofía de la Religión  
Universidad Santiago de Compostela

El problema no es nunca Dios. Él es eterno, inabarcable en su infinitud, insondable en su misterio, infinitamente fiel en su amor

**E**l problema está en nosotros, en nuestro intento imposible de dibujar con imágenes su realidad. Imágenes y símbolos menesterosos. Con materiales siempre humanos, demasiado humanos, y casi nunca precisamente los mejores. Voltaire, tan cínico como agudo, lo había dicho: Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, pero este le devolvió con creces la moneda. ¡Y, a menudo, qué moneda!

## *Adversus idola, contra los ídolos*

“No te harás imágenes, no adorarás ídolos”, repite incansable la Biblia... que, a pesar de todo, los tuvo en abundancia. Llena, pero no quieta o congelada. Su historia es justamente la de una iconoclasia continua e insobornable: del “dios de los ejércitos” y “Terror de Isaac”, al Padre misericordioso que “hace salir el sol sobre buenos y malos”. Ese es el ejemplo a seguir. Porque aun destronados, los ídolos se reproducen como hongos venenosos. Y es preciso ir a la raíz, porque las deformaciones visibles y las consecuencias burdas son tan sólo los síntomas de prejuicios de fondo: de “creencias” que, dándose por evidentes, ni siquiera son conscientes ni por tanto cuestionadas. Por eso, más que recetas elaboradas, precisamos diagnósticos: simientes fecundas más que frutas de inmediato consumo.



“  
**La conciencia cristiana tiene que defender la profundidad infinita de un amor que se extiende siempre y sólo hacia la luz**  
”

### **Amor que crea, sin sombra ni medida**

Es la culminación del caminar bíblico: *Ho Zeós estín agápe* (1 Jn 4, 8.16): “Dios es amor”, consiste en estar amando. Tomado en serio, esto significa que Dios no sabe ni quiere ni puede hacer otra cosa. El místico lo soñó para sí; pero sólo para Dios es verdad verdadera: “Que sólo en amar es mi ejercicio”.

Ama sin límite. Por su parte, a pesar de la letra, no hay privilegios ni favoritismos: “elecciones” ni “pueblos escogidos”. Las diferencias en la historia son innegables y a veces terribles; pero derivan única y exclusivamente de la respuesta humana, siempre desigual, por tiempo y cultura, por simple incapacidad o por malicia. Pero no por eso deja a nadie, ni siquiera a los “malos”, fuera del calor de su gracia: también sobre ellos abre el sol y envía la lluvia (Mt 5, 43-48).

Ama sin sombra. Ni es “fascinante y tremendo”, aunque, por desgracia, tantas veces los humanos hayan proyectado sobre él sus miedos y resentimientos, su ansia de revancha y su voluntad de po-

der. Los textos pueden hablar de “ira de Dios” y los predicadores de venganza, incluso de “una venganza digna de Dios” (Bossuet). Pero ya Oseas había intuido exactamente lo contrario: “¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel? (...) porque yo soy Dios y no hombre: el Santo en medio de ti” (Os 11, 8-9).

Es preciso defenderse sin fisuras contra la sutil tentación de la serpiente bíblica que sigue susurrando: a lo mejor Dios no es tan bueno como se presenta; es luz, pero también “tiniebla”; bondad, pero también “justicia”; y la letra habla de “ira” y “venganza”, de “silencio” u “ocultamiento” en el mundo y de “abandono” de Cristo en la cruz... Ideas que, no leídas a la luz del amor, acaban introduciendo la desconfianza en el núcleo mismo de la idea de Dios. Frente a ellas la conciencia cristiana tiene que defender la profundidad infinita de un Amor que se extiende siempre y sólo hacia la luz, nunca hacia la oscuridad y la tiniebla. Un amor “más grande de cuanto se pueda pensar”: tan profundo y luminoso que, no somos capaces de creer en su positividad sin límites ni condiciones, en su distancia de toda reserva, de todo resentimiento, de todo egoísmo, de todo rencor y de toda voluntad de castigo.

### **Perdón que no culpabiliza sino que libera**

El tópico cultural de que el judeo-cristianismo ha introducido la culpabilidad en la historia, es un absurdo filosófico y un desconocimiento antropológico: una persona sin conciencia de la culpa dejaría simplemente de ser humana. La culpa es un existencial (Heidegger) una “situación-límite” (Jaspers).

Pero algo de razón encierra el tópico: una mala inter-

pretación del cristianismo ha contribuido, y no poco, a hacer más pesado el duro lastre de la culpabilidad humana. La insistencia en la acusación obligatoria, bajo la amenaza de condenación eterna, ha convertido un sacramento hermoso en una "especie de tribunal". No cabe negar frutos en la educación de la sensibilidad moral y en la humanización de las costumbres. Pero las consecuencias del abuso fueron, y son, terribles: angustias, escrúpulos e incluso neurosis, en lo individual, y lo que J. Delumeau —un historiador creyente— ha llamado la "pastoral del miedo", en lo comunitario.

Frente a eso es preciso levantar como un estandarte luminoso el perdón incondicional de un Dios, que, como recordaba Oseas, es incapaz de castigar. Y Jesús de Nazaret ha disipado toda duda posible: defensa de la pecadora y de la adúltera, acogida y comidas con "publicanos y pecadores"; parábola del fariseo y el publicano, proclamación inaugural de un "año de gracia" para todos... Un perdón tan incondicional y sin excepción, que escandalizaba a los eternos guardianes de la moral, pues, como bien dice J. Jeremias, "era aparentemente la disolución de toda la ética". Hasta el punto de que ahí reside sin duda uno de los motivos de su muerte.

“

**Hemos sido creados por amor, no 'para servir', ni 'dar gloria'. Dios no necesita siervos, ni alabanzas o 'botafumeiros'. No manda ni impone leyes, no prohíbe para hacer pesada la vida de sus creaturas**

”

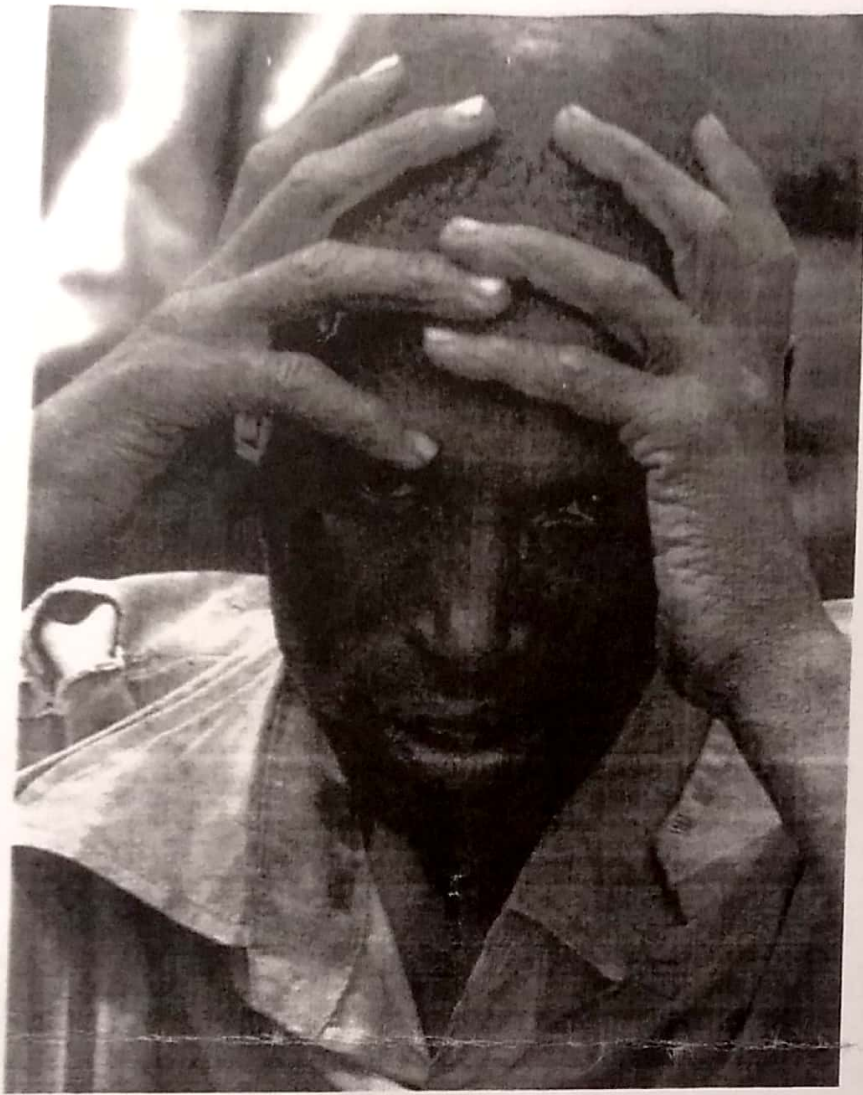
Quien dude todavía, a causa de los abusos históricos, que lea la parábola del hijo pródigo. Y a la hora de configurar el sacramento del perdón, en lugar de mirar a la letra de Trento, mejor sería atender al espíritu y a las actitudes del Nazareno. Entonces el sacramento será de verdad "gracia" que haga brillar ante la humanidad un perdón luminoso, también él "más grande de cuanto se pueda pensar".

**Abbá que no manda ni moraliza, sino que apoya y promueve**

Creados por amor, no lo hemos sido para "servir" ni para "dar gloria". Dios ni es tan limitado que necesite siervos, ni precisa alimentar narcisismos con alabanzas o "botafumeiros". No manda ni impone leyes para salvar intereses propios, sancionándolos con premios o castigos, según balance de sus pérdidas o ganancias. No prohíbe para estrechar o hacer pesada la vida de sus creaturas. El único y exclusivo interés de Dios en la creación son sus creaturas: hijos e hijas.

Es Abbá, padre/madre, que desde el abismo de su amor maternal acoge sin condiciones: *you are accepted*, repetía Paul Tillich, intuyendo esa aceptación sin reservas, incluso "cuando somos inaceptables". Y desde la urgencia de su amor paternal llama hacia adelante, promueve y anima, para que se desplieguen las potencialidades y se abran las latencias que el acto creador ha sembrado en el ser humano. Ese es el único sentido cristiano de la moral.

No es una imposición autoritaria, una exigencia heterónoma que Dios carga sobre el ser humano, pudiendo habérsela ahorrado. Es la llamada íntima de nuestro ser más auténtico hacia la propia rea-



lización. Dura, porque todo hombre y toda mujer, creyente o no creyente, tiene que remontar la pendiente de la finitud humana y vencer su inercia. Aunque Dios no existiese, "no todo estaría permitido". Pero, porque existe, todo es posible, puesto que Él está a nuestro lado, orientando la mirada y apoyando el esfuerzo. Haberlo descubierto es la suerte del creyente: no se le ahorra nada, pero sabe que todos estamos acompañados. Lo intuimos en los mejores momentos, cuando experimentamos el esfuerzo como "gracia" y la lucidez como "iluminación". Hay una palabra que lo expresa bellamente: *teonomía*, la llamada amorosa de Dios que está en coincidencia con el mejor fondo de nuestro ser, como partera

de nuestras más humanísimas aspiraciones.

**Anti-mal que no lo manda ni permite, sino que a nuestro lado lo combate**

Verdad que brota evidente del amor creador, cuando un mínimo de lucidez disipa las ilusiones y exorciza los fantasmas que lo han oscurecido hasta lo tenebroso. Hay que romper el falso dilema de Epicuro: "Dios puede y no quiere; o quiere y no puede..." El mal es el precio inevitable de la existencia finita: la tristeza de ser y no ser todo, de aspirar y no poder llegar nunca al cumplimiento de la aspiración. Es la imposibilidad del paraíso en la tierra, a pesar de los mitos religiosos y los sueños infantiles. La filosofía lo ha comprendi-

do, pues toda "determinación es negación", de suerte que ser algo priva de ser otra cosa, tener un propiedad excluye la contraria, tomar una decisión obtura las demás. Y la intuición vulgar no lo ha ignorado: no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos, y nunca puede llover a gusto de todos.

El mal no es castigo, envío o permisión de Dios, sino justamente todo lo contrario: es lo que no quiere, lo que se opone a su creación, lo que obstaculiza la realización clara, lisa y espontánea de su proyecto. Como la madre ante el sufrimiento de su hijos, el mal hiere su amor antes de herir a la creatura. Es su pena por nosotros, su compasión por nuestro sufrimiento, su tristeza por nuestras resistencias.

A. N. Whitehead lo dijo admirablemente: "El Gran Compañero, que sufre con nosotros y que comprende." Porque comprende, se ha decidido a crear, pues sabe que, a pesar de todo, es Él quien tiene la última palabra. Y por eso no se resigna y lucha incansable contra el mal: es el Anti-mal que, siempre a nuestro lado, acompaña nuestro combate y asegura nuestra esperanza.

Pero el mal no es absoluto, no puede borrar lo que Lévinas, recordando al Génesis, ha llamado "la bondad original de la creación". No nos anula ni nos hace indignos o "pecadores". Pese a Job, nadie tiene que maldecir el día en que nació. Aquel que nos crea por amor acompaña incansable nuestra lucha, asegurando nuestra dignidad: "bienaventurados los que sufren". Y, rotos los límites de la historia, le será posible dárse-nos colmando para siempre la apertura infinita de nuestra aspiración. Supera nuestra comprensión, pero con san

Juan de la Cruz podemos intuir que, cuando Él "sea todo en todos", será tan "nuestro" como nosotros somos suyos. Y el mal se habrá acabado, porque en la patria definitiva ya "sin muerte ni llanto" (21,4), sin tiniebla alguna, "porque la ilumina la gloria de Dios y su lámpara es el Cordero" (21,23).

**Generosidad irrestricta, a quien no hay que convencer, sino que busca ser aceptada**

Sólo milenios de costumbre, anclados en el innato afán de acaparar y en la tenaz resistencia a dar sin precio o contrapartida, han podido y pueden ocultar lo evidente: Dios no quiere ni precisa súplicas. Siempre "más dispuesto a dar que nosotros a recibir" (Eckhardt), "no duerme ni descansa" (Sal 121, 4) procurando nuestro bien. *Es absurdo intentar convencer al Amor*. No tiene sentido la súplica ante Aquel que sólo busca que nos dejemos convencer por su llamada, que nos dejemos salvar por su gracia: "Dejaos reconciliar con Dios", animaba san Pablo (2 Cor 5, 20).

Renunciar así a la súplica, no es soberbia ilustrada, sino humildad máxima de hombres y mujeres que reconocen que quien falla somos

“  
**¿Quién es el que suplica ‘escucha y ten piedad’? ¿El Dios que ‘escucha el lamento de su pueblo’ y proclama ‘bienaventurados los pobres’ o nosotros que segregamos egoísmo y somos quienes producimos pobreza, opresión e injusticia?**  
”

análisis

nosotros y jamás Dios. Es sólo porque nos hace daño a nosotros. Ese pedir insistente y repetido alimenta –aun a pesar nuestro– un ídolo mezquino. Con la terrible fuerza configuradora de la palabra, contamina el imaginario común y envenena el inconsciente individual, martilleando la imagen de un “dios” al que hay que “despertar” y “dar prisa”, convencer y mover a compasión para que se decida a actuar. Ante el dolor del mundo, el hambre de los niños o la violencia de los pueblos, ¿quién es el que suplica “escucha y ten piedad”? ¿El Dios que “escucha el lamento de su pueblo” y proclama “bienaventurados los pobres” o nosotros que segregamos egoísmo y somos quienes producimos pobreza, opresión e injusticia?

“Hablar mal hace daño al alma”, decía Sócrates. Ya es hora de que un problema tan fundamental y un desafío tan radical rompa las sutilezas teológicas y conmueva como un terremoto las anquilosadas rutinas litúrgicas. Lo merecen el honor de Dios y el respeto a su ternura infinita. Lo necesita una cultura que busca una nueva imagen de su Misterio. Y lo pide el bien de la comunidad que “busca su Rostro”. Su rostro fiel y verdadero. ©

